

GALERIA CÓMICA
 FOTOGRAFÍAS SIN RETOQUES
 SU ALTEZA OBES II

AÑO II
 N.º 74
 Julio 28 de 1895
 PRECIOS-SUSCRICION
 MONTEVIDEO-DEPARTAMENTOS

Un mes	\$ 1,00
Seis meses	" 5,00
Un año	" 9,00

EXTERIOR
 Los mismos precios, en moneda equiva.
 lente, con el aumento del franqueo.
 Número corriente 30 centesimos + Número atrasado 10 centesimos

DEVENTA EN LAS PRINCIPALES LIBRERIAS
 SE PUBLICA LOS DOMINGOS
 Oficinas Provisorias: CALLE URUGUAY, 301
 MONTEVIDEO.

IMP. Y LIT. LA RAZON; CERRO, 57



Ahí su hermano lo metió,
 de centinela avanzado,
 y ahí quietito se ha quedado
 y estará, quieran que nó,
 haciendo un lindo papel
 por servir á Julio el grande,

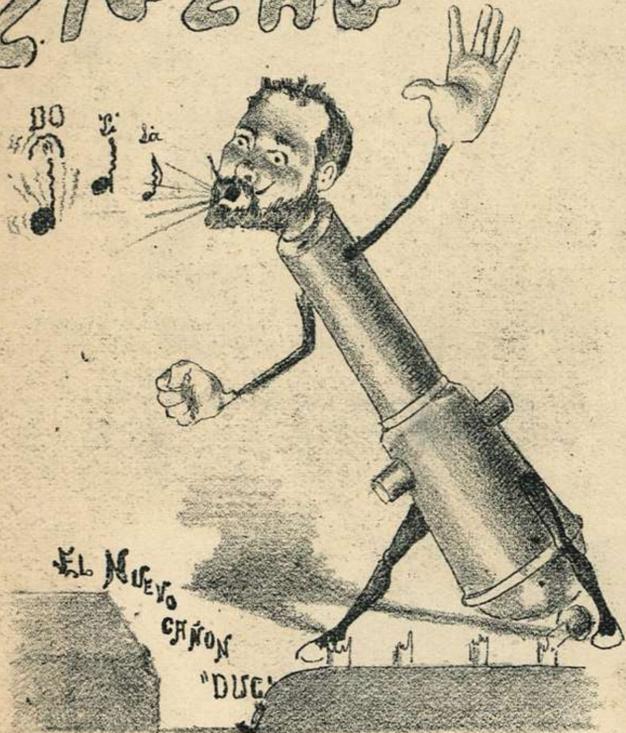
para lo que este le mande,
 el bueno de don Miguel.
 Y arma al brazo, como yo
 muestro hoy su esbelta figura,
 sigue, en la misma postura
 en que el otro le dejó.

SUMARIO

TEXTO—«Zig Zag», por Buscapié—«No es cuento, nó», por Juan Pérez Zúñiga—«Para ellas»: De mis apuntes, por Eum-rum—«Borrador», por Leo II—«Teatros», por Re-bemol—«Menudencias»—Avisos.

GRABADOS—Galería cómica. (Fotografías sin retoques). Su Alteza Obes II, por Aurelio Giménez—Para Ellas. (Retrato de niña), por el mismo—«Gioconda», grandiosa farsa, empresa Julio y compañía, por Wimplaine II—La gracia ajena (Remedio barótico) por Marais—Sra. Calligaris y Fernando de Lucía, y varios intercalados en el texto, por Aurelio Giménez.

ZIG ZAG



¡Es cosa terrible esto de los ánimos suitúreos y arrebatados!

Antes, cuando nuestros políticos reñían entre sí, las cosas no pasaban nunca de una buena selección de apóstrofes crueles y homicidas, empapados de hiel y veneno y emparedados entre dos blancas tarjetas de desafío, de singular hechizo y sortilegio y que luego se transformaban en *carte* sin otro mago que el gorro blanco de esos padres del estómago que Abella inmortalizó en Charpentier y los guardias civiles *mortalizaron* en un desposorio como si dijéramos de Suchi y Lucrecia Borgia.

No cuento á los que se enfadan consigo mismo, como un doctor de pulcra y húmeda cabellera, como ave mojada por sudores fríos, guantes de cabritilla, largo gabán, austero y político, *donante* y renunciante, diputado y padre (de la patria y de familia,) encarnación personal de la obra de Vilardebó y lleno de amargos desengaños patrióticos.

A éste y á los de su calaña, que los hay á pares, queden en paz y gloria, que bantante desgracia le trajo la suerte dándoles pobres cerebros estropeados.

Dos me llaman á la puerta: Llovet y Pigurina; han reñido á puñetazos, manera impropcedente de comportarse dos caballeros que el Estado paga correctamente sus cargos de pasivos.

Sus rostros están heridos, y es lástima, porque la belleza debe bañarse con agua de rosas y en un mar de caricias tiernas.

—Pero, señor diputado, ¿ne temiais lastimaros vuestro cerebro con *ejercicio* tan violento? ¿Acaso habéis olvidado que el ingenio nacional que creó aquel célebre proyecto de las medallas diputariales no tiene derecho á exponerse á que lo *estampen* en otras páginas que las de la historia?

—Ese hombre es un cochino!

—Chut..... silencio.

—¡Contrabandista de títulos falsos!

—Por favor, señores..... ¡Señor Pigurina! ¡No puedo creerlo! ¿Acaso S. E., el buen don Juan, os ha dado alguna vez ese ejemplo? ¿Ó es, por desgracia, que sus dudas y vacilaciones recientes con motivo de estirparse la verruga le han exasperado el ánimo hasta el punto de hacerle proferir palabras hirientes y mal sonantes, él, tan modesto y parco, que ha preferido el bendito nombre de Juan, pudiendo anteponer el puro y clásico de Testaferro que tan elocuentemente hablaría como verdad política? ¿Será eso, señor Pigurina?

—Qué, ¿acaso se cree usted que yo no soy más que un simple criado de él para imitarle?

—¡Por Dios! Si no quiero decir eso....

—Nada; á mí también ha pretendido usted llamarme animal, diciendo que mi nombre debía estar estampado en las páginas de la historia natural; natural no dijo usted, pero lo iba á decir. ¡Oh! No se verá usted en ese espejo.

Salieron violentamente, dejando la puerta abierta, cada uno por su lado.... ese día.

Mañana.....

*Se hicieron la venia,
se dieron la mano,
y dijo Ratico
que es más veterano....*

Ratico no lo dijo; pero lo digo yo:

—*Tan amici siamo* (y vuelta á la hoja, es decir: á los puñetazos).

Los confiteros de aquí han resuelto fundar una sociedad del ramo á que pertenecen.

Respecto á lo cual me decía ayer una muy vitícola é inspirada señora, que gasta medias por abajo y *cuartas* por arriba:

—Estoy que estallo de alegría. Mi pobrecito Nestor, que se le había reventado la hiel porque no pudo dársele á comer la nariz de mi primo Tobosio, que habíasele antojado al chico una batata cocida, ya tiene cura, está salvado para siempre el hijo de mis entrañas: ¡que era aquello un echar de bilis y un amargor!....

—¡Ah! Le habrá hecho usted tragar un hígado de vaca para.....

—No; le haré nombrar despensero de esa sociedad de confituras, que, según dicen, tendrá en bodegas unas setecientas barricas de azúcar; y así mi niño podrá consolarse ¡pobrecito! comiéndose aunque sea nada más que la mitad de las barricas.

No he leído aún los estatutos de la tal sociedad, pero me figuro las dulzuras que han de campar por allí. Se le hace á uno agua la boca al pensar en ello solamente, y ganas le vienen de cambiarse en bestia insectívora, en mosca, por gozar de aquellas delicias. ¡Oh! ¡Beberse un litro de almíbar, y luego otro; en seguida despacharse una docena de merengues y otra de panales, y luego, por último, hundir la boca y las narices en esos alfajores enormes chorreando dulce de leche, y quedarse allí un gran rato, resoplando y suspirando de gusto entre aquella blandura embriagadora, como un animal porcino hunde deleitosamente el hocico entre el húmedo lodo! ¡Hú, hú! decirse como entre sueños, con ansia, con delirio, con fiebre, hasta salir de entre aquellas dulzuras completamente embadurnado, relamiéndose, chupeteándose....

No obstante recién iniciada la sociedad de confiteros, ya han ocurrido varios incidentes.

Cierto sujeto quería entrar en ella, y el directorio provisorio se negó en absoluto á permitirle la entrada.

—¿Porqué—preguntó furioso el despedido. —¿Porqué se me rechaza?

—Porque es usted pastelero, y admitirle á usted sería degradar la sociedad.

¡Valientes tíos! Para eso nosotros que hemos tenido *pasteleros* en las Cámaras, en los Ministerios y hasta en la Presidencia, sin preocuparnos que las migas que han dejado apestan á veces hasta levantar el estómago, y nadie se preocupa, ni por pienso, en barrerlas, ni ahora ni nunca.

¡Son sagradas!

Un artista, un escultor, ha tenido una idea que me atrevo á calificar de original y harto graciosa (no se lea *grasosa*), cual es la de hacer unos bustos en manteca de S. E. don Juan y sus *cinca* ministros, como diría él en la lengua de sus abolengos.

Bondad del cielo es que el tiempo sople con ráfagas polares: que de lo contrario veríanse cosas dignas de exhibición á pagar hasta cuatro vintenes la entrada. ¡Que viniera un veranillo, unos días de calor! ¿Qué sucedería? Me figuro ver á los mantecosos bustos empezar á afligirse, sudar, y por último, estropearse y deformarse lamentosamente. Ver el busto de don Juan empezando á derretirsele los sesos (ó su equivalente, pues no está probado aún que los tenga); perder una oreja y ponerse feo. El de *monsieur*, hundiéndosele la bella nariz y quedándosele exhaustos y perdidos sus ojos dulcemente traidores. El de Miguel, con la boca derrengada y reventados los ojos como

dos huevos mal cocidos... en fin, el Presidente y sus Ministros en verdadera ruina mantecosa.

Luego, naturalmente, habría de venderse todo eso, pues ¿quién desperdicia tantos kilos de manteca que han servido para *bustificar* personajes tan ilustres?

Y, de cajón, los comprarían los hoteleros y cafeteros.

Entonces se llegaría á cenar, y en la lista se encontrarían cosas por el estilo:

Purée con manteca del señor Ministro Vidella... Pasteles á la diable et sacre bleu con manteca fine de Monsieur Jean, de la Guerre.

Confieso que talvez esos manjares serían algo indigestos, pues un Ministro, y en manteca, no se digiere fácilmente.

Los mozos, solícitos, naturalmente ofrecerían todos esos despojos con orgullo, con aire de triunfo.

—Tengo, señor, precisamente la oreja izquierda de S. E. ¿Quiere usted comerla en salsa blanca?

—¿De don Juan no queda ya más?

—Si, señor, medio ojo... ¿Lo quiere echar usted en el café?

—No; y de Castro ¿qué tiene?

—El labio inferior y un pedazo de nariz... ¿Quiere usted comerla con morcilla?

—Gracias; y... ¿de *monsieur* qué queda? El mozo, con aire misterioso y confidencial:

—Los bigotes.

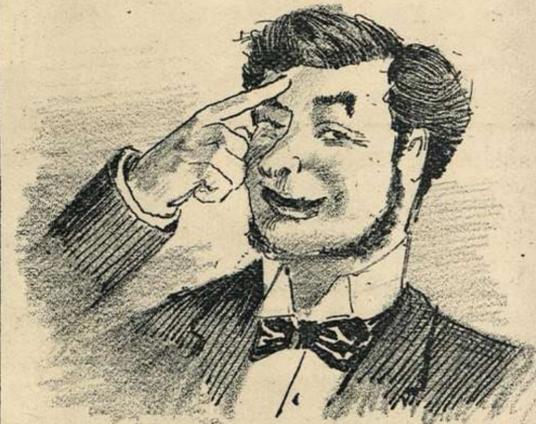
—Pues tráigamelos usted.

—Ah, no; eso no!... ¡Están reservados!

—¡Pues me vendo, pero que me los traigan, que me los traigan!!

BUSCAPIÉ

DE PÉREZ ZÚÑIGA



NO ES CUENTO, NÓ

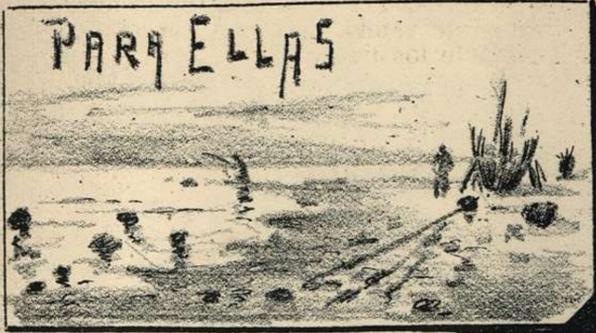
Don Antonio Pimental, sobrino de Paz García, la hermana de don Manuel, que tuvo sombrería en la calle de Clavel, y que se hallaba casada en segunda nupcias con Federico Monleón, que nació en Navacerrada el día de San Antón, se casó en Vitigudino con Teresa Palomino, sobrina de un guarda freno, que era de trato muy fino á pesar de ser moreno, y de esta unión singular nació por que escrito estaba (y si no, lo pudo estar), un niño que se llamaba no sé si Angel ó Gaspar, el cual niño fué creciendo y, sin darse de ello cuenta, fué en su corazón sintiendo puro amor hacia Vicenta, la hijastra de don Rosendo. Vicenta estaba, á su vez, hecha una loca de amor por un chico de Jeréz, que tenía en Aranjuez una casa de labor; pero éste llamado Pío, andaba en no sé qué lío con la prima de su madre, que era huérfana de padre de padre y muy señor mío, cuyos ojos vivarachos flechaban á los muchachos, aunque estaba poseída

P. CALLIGARIS

de una pasión desmedida por los bizcochos borrachos: Vicenta se aperció del caso, con amargura y en seguida se casó con un tal Pepe Miró que la miró con ternura; pero, harta de desengaños, se fugó con un sargento, hijo de Petra Sarmiento, la cual hace muchos años es sorda de nacimiento, y reside en Valdemoro con Patricio Berruguete, que tiene en su casa un loro comprado á don Telésforo por seis pesetas ó siete, cuando vino á Madrid con Joaquina la boticaria, á gestionar la expulsión de la lombriz solitaria de su cuñado Ramón, el cual, por cierto, era viudo, y, á ruego de tres sus hijos, enajenó como pudo la fábrica de botijos que temia en Cogolludo....

«Y bien—dirá usted lector,— ¿dónde vamos á parar?» ¡Perdí el hilo á lo mejor!... Pero, si está usted de humor volveremos á empezar.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.



Ahí tienen, amigas mías, la otra obra maestra, la de Calligaris.

¿Qué les parece Piponga? No lo digo: el retrato habla por demás.

¡Precioso!

También he recibido una delicada colaboración de Rum-rum, que inserto con mucho gusto aquí, porque creo que ha de gustarles muy mucho.



¡Cuántas doradas ilusiones se forjan las jóvenes antes de ir á un baile, en esa dichosa edad en que consideran que el mayor desencanto de la vida es el de no tener un novio; el pensar que allí irán á lucir los ricos dones de que madre naturaleza les fué pródiga — para nuestro tormento — y los vaporosos trajes que revestirán sus encantos, es algo que las colma de dicha y satisfacción! ¡Con cuánto afán se contemplan ante el espejo para adornarse con gracia y coquetería, con los atavíos que realzarán más su hermosura, como para saborear anticipadamente el placer que irán á experimentar!



RETRATO DE LA SEÑORITA JOSEFINA CIBILS LARRAVIDE.

Era un día del carnaval pasado; las calles principales de la ciudad se veían concurridas.

Carruajes, máscaras y pueblo se movía y agitaba ávido de encontrar alegría.

En el corso, las músicas, los cantos, los carros alegóricos, las comparsas y las serpentinas, todo ese conjunto despertaba entusiasmo en los ánimos.



Celia llena de regocijo por las gratas impresiones del día, volvía del paseo, doblemente feliz, sabiendo que esa misma noche concurriría al baile de uno de nuestros principales centros extranjeros.

Sabia que iba á divertirse mucho, que iba á ser una de las reinas de la fiesta, y su corazoncito latía con más vehemencia al solo pensar que en él iba á encontrar á su pretendiente más distinguido.

Ya no pensaba más en el fugaz capricho que hacía poco había alimentado y satisfecho su amor propio de mujer que sabe que es bonita; ya de su mente se había borrado todo, y con una de sus angelicales sonrisas, había dicho murmurando: «Al que se va se olvida y al que se muere lo entierran.»



Después de los preparativos eternos en que nunca están contentas del arreglo del peinado ó de



GIOCONDA, la verrugienta
 ¡Come, come mi riscatto!
 BARNABA (mesándose el jopo)
 Ah! Così mantieni il patto?!
 (PAUSA)

GIOCONDA la verrugienta (con acento trágico)
 ¡Sí! Il patto mantengo!
 Lo abbiamo giurato!
 Gioconda non deve
 tal giuro tradir.
 (Ma.... No, yo no quiero...
 me pare un peccato
 del puosto salir).

BARNABA (con salvaje)
 Elbrezza
 sognata
 A em
 Mr

BARNABA
 Non vuoi? Dunque quella
 promessa.....
 GIOCONDA
 —Oh, dottor
 vo' faarmi, vo' farmi piu bella,
 aah, aah, aah.

(Ap.)
 Piu fúlgida ancor!!
 (Ganemos il tempo,
 despues se verá.)
 BARNABA (Aparte)
 (M' inganna, vedremo
 quien gana.... Ja, ja!)

la toilette, se paseó delante del gran espejo, y se miró en él, satisfecha y orgullosa de su resplandeciente hermosura.

Se contempló por última vez, y abandonando su elegante nido corrió presurosa á subir en el carruaje con sus inseparables compañeras, llena de júbilo y de ilusiones.



Desde el adornado vestibulo se oían los acordes de la orquesta; en los espaciosos salones, profusamente iluminados, se agitaban las parejas en medio del bullicio de las máscaras con sus disfraces de vivos y variados colores.

Celia, con su espléndido y vaporoso traje de noche, hacía resaltar más su blancura con el contraste de los tules negros salpicados de estrellas. ¡Qué noche tan preciosa!

Bien pronto las exclamaciones de placer y admiración se oyeron de boca de aquellos que la veían pasar, arrogante y sonriente con sus labios voluptuosos, que dejaban entrever unos hermosísimos dientes y si á través de los forros de su antifaz hubieran observado habrían encontrado unos ojos verdes y soñadores, llenos de encantadoras promesas.

Después la veían de temporada con N, tan felices, como dos tórtolas en el apasionado arrullo de sus amores. El era más dichoso aún, al verse así con su reciente conquista y ya dueño de aquel corazón, que iba en tan breve tiempo á serle inconsecuente.



La luz del alba asomaba.

Celia en su lecho virginal no lograba conciliar el sueño; aún le parecía escuchar los acordes de la música, las destempladas y agudas voces de las máscaras, el frou-frou de los trajes, el dulce acento que la había arrullado tan deliciosamente, próximo á su oído tantas horas; y aún más, le parecía ver, aunque cerrara sus párpados, como fosforescentes luces, los ojos aquellos que durante toda la fiesta estuvieron constantemente fijos en los de ella. Aquel semblante pálido y lleno de melancólico sufrimiento, le infundía en el ánimo algo inexplicable, que confundía su cerebro y la hacía divagar, forjando fantásticas ideas y castillos en el aire.

Aquel ser se había insinuado misteriosamente en su alma con sus frases ardientes y apasionadas y sentía desvanecer su voluntad ante su presencia.

Sin embargo, en medio de la fascinación que le producía aquel hombre, se acordó que ella no era fiel á su palabra, y esto pareció algo amedrentarla —estuvo por arrepentirse, pronunció un nombre, y... continuó en su desvarío!

En este desaliento y en continua lucha el quebrantado espíritu con la materia, al fin ésta triunfó —quedóse dormida— y cuentan que esa vez su ángel tutelar la notó más encendida, y entre sueños la vió estremecerse y sonreír...

RUN-RUN.

La gracia ajena

—
—
POR MARAIS
—

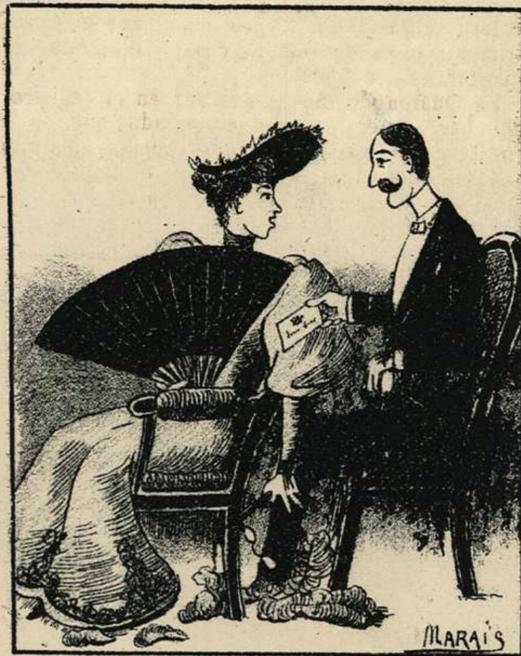
REMEDIÓ HERÓICO



—Al diablo con la moda.



!!!!!!!



—Perdone usted. Pero prefiero pagarle un sombrero..... y ver el espectáculo.



«Señor Asamblea:

Al venir á este recinto como Presidente—tengo la banda y soy Presidente, porque ustedes me han nombrado y soy bueno—acuden á mi memoria ciertos recuerdos de la infancia.

Cuando yo era niño, tenía ciertos instintos que me tiraban á amar á los animales con sin igual predilección. Veía una vaca, y mi entusiasmo traducía tiernamente: una vaquita. Después, observando un rebaño arrancar la verde y pura hierba de los prados, decíame cosas así: «Los carneritos... ¡Si fueran míos!» ¡Oh, honorable y señores legisladores! Estas palabras, estas frases que parecen ser pura tontería y simpleza é indignas de pronunciadas en este romano recinto, engendran, sin embargo, una gran verdad filosófica, social y moral: Darwin murió viejo chocho, estudiando todos los animales, hasta la ballena, que es medio pescado. Sus libros llenan la bibliotecas: ¡he ahí la filosofía! El mono tiene algo de hombre: ¡he ahí lo social! Las bestias de carga no van uncidas á carretas y carretillas, sinó que viven sueltas por los campos, su propio hogar: ¡y he ahí lo moral!

Ahora, señores, puedo decir que he visto realizadas mis ambiciones de la infancia; tengo un rebaño, no diré de carneros, señores legisladores, eso nó, pero sí de amigos de corazón que me quieren y que yo los quiero, por que me han dado la banda y me han nombrado Presidente de esta tierra donde en las arenosas playas se recrean (y yo también) los bañistas nadadores como roncaderas y sus bellas hijas la embellecen como un ameno vergel.

Dediquemos, señores lejisladores, unas pocas palabras pero buenas, á esta Patria común, porque es de nosotros. A pesar de lo que digan los pesimistas y los enemigos de mi gobierno, la República Oriental es el país más rico del mundo, aunque es algo corto de largo y de ancho. Está probado hasta la evidencia que sus tierras producen innumerables plantas y cereales; el ombú nos presta embriagadora sombra; la morera gusano de seda; la ortiga, centinela espontáneo de la naturaleza que despierta poco agradablemente á los orientales holgazanes que se acuestan por los suelos y en los campos, no contribuyendo, por su desidia, al aumento del Tesoro con el pago de las contribuciones, porque no habitan en casa alguna; la remolacha da azúcar; la batata, la papa, la zanahoria, el repollo, la coliflor, el nabo, el salsifí y otras hortalizas, llenan nuestros mercados, ofreciendo al comprador toda la riqueza y suculencia de los productos de esta tierra, que tendría mayor importancia y trascendencia, si los orientales se dedicasen á quinteros y no dejaran eso en manos de extranjeros avaros y retrógados. ¿Y en el reino animal señores lejisladores? Tenemos la vaca, el cerdo, la perdiz, el toro, las gallinas, las mulitas, el buey, los conejos, los lobos marinos, el carnero, los patos, en fin millares y millares de animales que son, puede decirse, una verdadera fuente de riqueza, oro en cuatro patas.

(1) ¿Y en cuanto á la vida interna del país, su administración, sus derechos? Aquí no se vota, lo cual es un beneficio para los ciudadanos, puesto que se les evita el trabajo de concurrir á los juzgados de paz, que siempre es trabajo, y además pudiera dar que hablar á la maledicencia, suponiendo que iban allí por algún embargo ó demanda; por otra parte, votar, segun he leído en un libro, quiere decirse mostrarse y comportarse como un carretero, y nosotros, y yo particularmente, me desvivo y sacrifico porque mis compatriotas sean finos y educados, y la prueba es que los maestros de escuela, que me comprenden y ayudan desinteresadamente, se pasan meses y meses sin recordar siquiera de que tienen marcados espléndidos sueldos. ¿Dice la prensa contraria de que el gobierno no hace más que secar el pueblo con impuestos y contribuciones? Señores lejisladores; vean ustedes lo que es hablar en vano. Si se crean nuevos impuestos sobre las bebidas y los alcoholes, es sólo por hacer un bien al pueblo, á la salud pública: siendo más caras las bebidas (como lo serán indudablemente después de creado el nuevo impuesto,) el número de ebrios disminuirá sensiblemente, porque no es tan factible comprar una cosa que antes costaba A lo mismo que otra que cueste ahora B.—El *delirium tremens* será entonces un caso extraordinario.

En lo tocante al impuesto sobre grasas y mantecas, me asiste igual razón, mejor dicho, dos razones: una de salud pública; otra de actividad personal. Todas las celebridades médicas están acordes en asegurar que las materias grasas provocan enfermedades terribles, tales como la obesidad, la cual es casi incurable, ó necesita la atención de grandes autoridades científicas. Una persona se pone obesa. ¿Qué pasa? Pues tiene que ir á Europa, y, como se comprende, los gastos son enormes. Cargando con impuestos esas materias, encarecen, y por lo tanto, no se abusa de ellas tan fácilmente. Y ya tenemos que la obesidad, por el sistema de los impuestos, será un caso tan extraordinario como el *delirium tremens*. Cuanto á la otra razón, la de actividad personal, se explica fácilmente; es cosa sabidísima que las materias grasas engordan, aún cuando no se abuse de ellas y provocan en el organismo cierta tendencia á la molicia y a la desidia. ¿Quién no dice que, por su uso, el pueblo oriental es notablemente haragán?

Hagamos, pues, modo de privarle en lo posible de esas materias perniciosas, á fin de que pueda alguna vez ser activo en satisfacer tan humanitarios impuestos, y pasivo eternamente en aceptar nuestras acciones.

Señores lejisladores: ¿no es esto cierto, no esta la verdad más patriótica y desinteresada que imaginarse puede? Antes de terminar quiero hacer un voto por la felicidad de la patria y una confesión dolorosamente sincera. Mi voto es un lema: *Siempre como ahora*. La confesión...

¿El pueblo se queja de pobre, de desvalido de hambriento? Pues bien, señores lejisladores: él

(1) De aquí en adelante no cuele: otro ha metido la pata.

mismo tiene la culpa. Me pongo por caso yo, que soy Presidente. ¿Por cuánto lo seré? Sólo por cuatro años. ¡He ahí el abismo!... El Presidente debiera ser perpétuo. ¿No viene á ser el presidente el padre del pueblo? Pues bien; cuando á un padre se le abandona á los cuatro años de haber estado con él, por fuerza luego han de sufrirse las consecuencias del abandono, porque un padre es el apoyo, el sostén, el mantenimiento... El otro que viene es el padrasto, y por lo tanto, el pueblo el entonado, ó lo que es lo mismo, desgracia, infelicidad, desesperación, muerte.

Yo me ofrezco con toda el alma, y desinteresadamente, á »

Juan.

Por la copia,
LEO III

Teatros

Halévy escribió *La Hebra*.

Y Dios al verla quedó tan satisfecho, que le dijo:

—En verdad te digo, piadoso Halévy, que tu ópera aburrirá y cansará á generaciones de generaciones. Y así fué.

Lo cual no obsta para que la gente acudiera en gran cantidad el Sábado al Politeama, donde para cumplir la sentencia del Señor, se daba *La Hebra*.

Verdad es también que la gente no iba á oír *La Hebra*, sino á oír á Duc.

Y le oyó. ¡Vaya si le oyó! Así como así se queda cualquiera, no siendo una puerta cochera, sin oír á Duc!

Fué llegar el final del primer acto, aquello de *O mia figlia diletta*, y echarnos los tres agudos célebres y echarse á temblar los cristales y echarse á aclamarle la gente poseída de tal entusiasmo agudo que era una barbaridad.

La verdad es que el tenor sorprendió á todo el mundo. Cuando oímos aquella su media voz, cansada, débil, de mal barítono, todos nos dijimos:

—Vaya; no es chico fiasco el que se va á llevar como recuerdo este tío!

Pero qué! Cuando salió el primer agudo como

la banda, y sobre los gritos de los coristas y sobre los cantos de la gente.... ¡digol al revés, y sobre los suspiros de Cabral, sobresale otro, otro agudo, enorme, que recorre el teatro, lo llena, hace estremecer los anteojos de Desteffauis que se aterra de verse allí, en primera fila, cerca se desborda luego, sale fuera (el agudo) y va á aturdir al guardia civil de facción en la esquina, que dormitaba sin consecuencias.

Portentoso, señores.

También, después de eso, la invocación y el terceto del segundo acto, que cantó con buena expresión, no volvió á llenar sino los oídos, de cuando en cuando.

La Calligaris gustó muchísimo. Tiene una voz preciosamente timbrada, de fácil, casi espontánea emisión, que se corre hasta los más altos agudos sin esfuerzo ninguno; agreguemos que canta muy bien y no digamos que interpretó perfectamente el aria del segundo acto *E de venir*, porque eso, á fuerza de repetirlo todos, pero todos los diarios, ha llegado á ser como aquel célebre epígrafe: «El primer disparo del *Conde de Venadito*,» que llenó hasta las orejas á España, ahora cuando la guerra de Melilla.

El tenor Lingone, tiene una voz agradable, canta con gusto, gasta buena presencia, y un rostro que casi, casi llega á tener hechizos y encantos.

Fué aplaudido en la serenata y cantó con delicadeza su parte del terceto, que, con el final del primer acto es una de las cosas bellas que tiene la partitura.

La Quarenghi con buena voz en el registro medio, hace creer á todo el mundo que le están apretando la garganta cuando llega á los agudos.

Tamburlini derrochó voz en el *anatema* y fué aplaudido en diversos pasajes, con justicia.

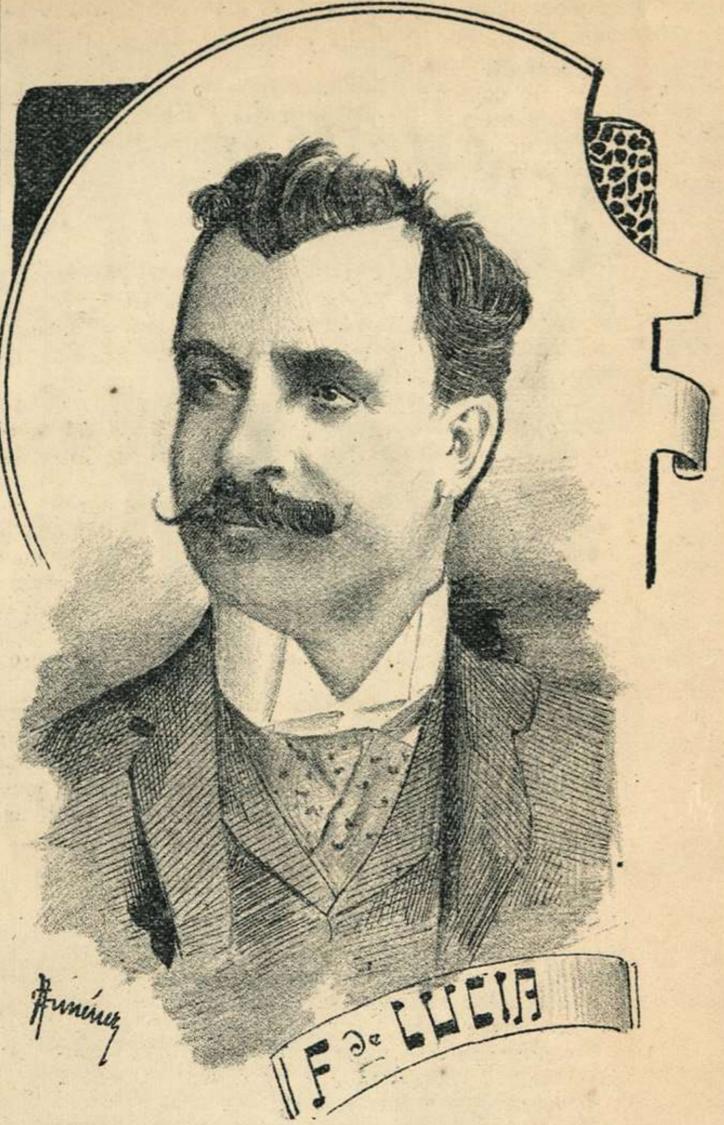
El de los platillos se portó como hierro; que no es poco decir tratándose de *La Hebra*. Merece mención especial.

En fin, que Duc es un tenor de gran voz y de muy poca voz, de hermosa voz y de mala voz... aten ustedes esos cabos y piensen para no confundirse que se trata de los agudos ó del registro medio.

Pero que ha producido sensación, la ha producido.

El domingo decían dos en la puerta:

—¡Pero cómo! ¿Trae usted su niño al teatro? ¿Y cuando canta Duc?



Gioconda fué un triunfo para De Lucia, que llenó durante toda la noche la escena.

Cantó admirablemente, y para no indicar pasaje por pasaje, lo que sería largo y fastidioso, nos limitaremos á repetir con todo el público que la romanza del segundo acto, no se había oído nunca así. Fué objeto de una ovación.

El barítono Pacini fué obligado á repetir la barcarola y aplaudido con ganas en el monólogo del primer acto. Tiene buena voz y canta bien. Pero, señor Pacini, es necesario que se *despacnicie* usted cuando tenga que interpretar á Barnaba. Si á la Petri (todos se lo conocimos) al verle á usted tan simpático, le daba grima decirle *o terribile cantor!*

La Petri muy bien. Correctamente, aunque decaída de expresión en ciertos momentos. La Borlinetto algo débil en el gran duo del segundo acto, pero muy artista y muy buena moza. Esto sobre todo.

Al bajo Wanrell, esperamos oirlo más, para dar opinión sobre él. En *Gioconda* se limitó á ayudar al conjunto.

La orquesta bien. Conti fué llamado á la escena al final del primer acto.

**

Y ya que *Alda* se ha dado tarde, para poder incluiría en esta crónica, hablemos un poco de Beccario.

Supongo que todos ustedes lo conocen. El señor Restaurador de... los teatros, es joven, flaco, muy vivo, muy activo y muy inteligente.

Gracias á él, Cibils el viejo Cibils, ha quedado hecho una monada. Telón nuevo, muy brillante, como cosa de Pagano, dorados nuevos, empapelado nuevo, *empeluchado* nuevo, sillas, sillones, brazos de gas, puertas de cristal en el vestibulo, todo nuevo. Agreguen á esto todas las pinturas refrescadas, pintados al aceite los corredores, y hasta el piso! y llenen á Cibils de luz eléctrica, para comprender la obra de Beccario.

Añadan un discurso lleno de *sprit* y de ideas prácticas que pronunció Beccario al destaparse el champagne en el foyer, y hasta cuatro palabras del gran Moretti, y se darán una idea del agradable momento que proporcionó Beccario á la Prensa la noche de la inauguración de su teatro.

Y después, no falten á una sola función de las que darán en Cibils Gil, Mesejo y las tres Millanes [nada, nada menos!]

Y esto, en expectativa de la Compañía de Opera que á fines de Agosto se estrenará, y que es muy buena.

RE-BEMOL.



un disparo, soñoro, vibrante, poderoso y claro, el público prorrumpió en una aclamación feroz.

Y en eso estaba, cuando ¡zás! otro! ¡Más agudo todavía! Redobla la gente su gritería, y de pronto, sobre los acordes de la orquesta y los desacordes de

—Hombre ¿y por qué nó?
—No le tiene usted miedo al crup?
—Pero qué tiene que ver?...
—Que me han dicho que ese hombre es un Krupp de primera fuerza.



Se ha denunciado un caso de violación de correspondencia, y los diarios se ocupan de ello con interés.

Eso es poca cosa para caso. Una carta violada! Nosotros tenemos todas las semanas cinco ó seis paquetes volados. Y esto es peor; para nosotros por lo menos. Pero no alcanza á hacernos olvidar el agradecimiento eterno que debemos á la Administración de Correos. Porque el domingo llegó á su destino el paquete de Canelones!

Dicen que se va Mosié
¡Por Dios! Que esto no suceda!
Pues si se va ¿qué nos queda para reemplazarle? ¿Qué?
¡Ay! Si su bella figura desaparece por fin, quedará el gobierno sin su mejor caricatura.

Pero hombre! ¿Qué cosa más fácil había sido examinarse de medicina.

Ayer he oído en la facultad que decían á un examinando.

—... En este caso sería imposible la amputación de la pierna al enfermo ¿no? ¿Sabe V. qué sucedería si llevásemos á cabo la operación?
¡Y el examinando demoraba aun en contestar pregunta tan sencilla!

A estar yo allí no me hubiera costado nada en contestar:

—¿Qué sucederá si le amputan la pierna? ¡Que se queda cojo!

El señor Comandante Pigurina
Y el diputado Don Andrés Llovet
diéronse el martes una azotaina
de las de *Rechupet*

Pues si á Llovet pegó ese comandante
la pena á serle impuesta se adivina;
que en vez de *Pigurina*, en adelante
le llamen *Pegarina*

De *La Prensa*.

«El tiro al blanco que el Batallón de Artillería debió haber efectuado ayer, ha sido postergado para el sábado.

»Los blancos serán colocados dentro del agua y las baterías establecidas á distancias variables, etc.»
Pero qué ensañamiento con los blancos! No sólo les tiran, sino que los meten dentro del agua. ¡Con este tiempo!... Desgraciado partido!

Me figuro el resfrio que se vá á adquirir don Jaime Estrázulas, que aunque Ministro, es blanco! Dentro del agua....

Pero ¡qué idea! ¡No lo harán con el objeto de darle baños de sorpresa á Palomeque?

Un caballero de ánimos viriles
se ha llevado en Mercedes quince Abriles
en forma de una joven hechicera,
de ojos garzos y blonda cabellera.
La noticia lei con embeleso,
porque.... también á mí me gusta eso.

A estar á los últimos telegramas de Cuba, el General Maceo ha derrotado por completo al Mariscal Martinez Campos y le tiene bloqueado en Bayamo. La situación del Mariscal es grave.

¡Caramba! Y qué difícil sería, señor *Hispano*, de «La España» decir ahora cerca de Maceo aquello de asesino, ladrón, siniestro, violador de mujeres, incendiario y demás cosas que usted con tanto valor como desparpajo le decía el otro día en su diario ¿eh? Y, á propósito de Cuba.

Casi todos los diarios de aquí, en sus telegramas, emplean la denominación de *rebeldes* aplicada á los revolucionarios.

¡Caramba! Diarios republicanos, americanos, que se hacen para pueblos que no ha mucho todavía conquistaron su independencia, como quieren conquistarla hoy los cubanos, llaman *rebeldes* á estos!

Que es como llamar así á Artigas y Lavalleja. Buenos van el mundo... y la prensa uruguaya.

Se encontró en el Rosario el otro día una muchacha con su antiguo amante que la dijo que ya no la quería, y en aquel mismo instante sacó un revólver ella del bolsillo y apretando dos veces el gatillo dos tiros disparó certeramente, hiriendo á su galán muy gravemente.
¡Oh jóvenes huid de las doncellas que, por unos conceptos ó por otros se os manifiestan, aunque sean bellas, con mejor puntería que vosotros!

Cárlos Roxlo entra á formar parte de la redacción de *El Nacional*.

Sea bienvenido el predilecto hijo de Apolo á la patria de Manuel Anacleto Silva.

Porque. Mientras exista en este mundo Roxlo, habrá poesía.

¡Ahl
¡De lo que me olvidabal
Siguen los sillones del Politeama con medio milímetro entre fila y fila.
Y la gente fula y fula.

Entre dos filas no alcanza á caber ni un cabello de la cabellera de Zaballa.

Y esto que voy á decir ahora, como golpe final, no es invención ¿eh? ¡Nó! ¡Vuelvo á jurarlo por lo más santol

El inspector de teatros, existe!!
Se sabe de fuente fidedigna que almuerza y come todos los días.

¡Y hasta va al teatro!

Dice un diario:
«Se ha votado en el Senado francés una ley que castiga con un mes á dos años de prisión y multa que puede llegar á 3000 francos, al que ofenda las buenas costumbres, etc.»

Pues digo, si la ley rigiese aquí!
¡Hay tantos que han contraído la mala costumbre de vivir del presupuesto!

ESTUDIO FOTOGRAFICO
DOLCE
H N°5

Calle Sarandi, 359
Retratos modernos de busto á la romana.

Á Dolce, es ya cosa vista nadie á retratar le gana y, como es todo un artista, no hay niña que se resista á vestirse de romana.

EL ANTICUARIO

Calle 18 de Julio, 184

Vende, compra y revende «El Anticuario» libros viejos, vulgares, nuevos, raros, y, por más que parezca extraordinario los paga bien y no los vende caros.

FOTOGRAFIA DE INGENSA FITZPATRIK

Fotografía de moda por la high life preferida donde retrata toda la gente más distinguida.

AL POLO BABA

CALLE COLONIA 2, 4, 6, 8

Dá el «Polo Bamba» un café de clase tan superior que beber no logra usted en el mundo otro mejor. **CASA ESPECIAL EN CAFÉ**

GALLIGARIS ESTUDIO

Hace esta fotografía retratos tan excelentes que á ella acuden á porfía las más distinguidas gentes.

ESTUDIO FOTOGRAFICO

CHUTE & BROOKS
Calle 25 de Mayo 300
MONTEVIDEO
Calle Florida 74
BUENOS AIRES